

Percepción del soporte de la Familia y la comunidad bajo la dictadura y su relación con los efectos psicosociales.

Salomón Magendzo K. • Manuel Rubio M.

Introducción

El presente trabajo da cuenta de los hallazgos de orden cualitativo que se obtuvieron al realizar una investigación con jóvenes de sectores populares, referido a las reacciones familiares y comunitarias en torno a ellos, cuando eran niños y niñas, en el tiempo de las protestas y represión de la dictadura militar (1982-1986).

En concreto, éste se centra en el tema del soporte social, es decir, en cómo los jóvenes recuerdan los comportamientos que la familia y la comunidad tuvieron hacia ellos, cuando sus edades fluctuaban entre 5 y 14 años, para hacer frente a las medidas represivas implementadas por el régimen militar en contra de las poblaciones en las cuáles vivían.

Además del tópico del soporte social, la presente investigación se adentró en las consecuencias que tuvo la experiencia infantil en ellos como jóvenes. Esto con el fin de levantar algunas hipótesis relacionando ambos temas: soporte social y consecuencias.

En un artículo anterior (Magendzo, Rubio y Aubel, 1999) se dieron a conocer los resultados cuantitativos de una investigación, los que mostraron que, de un total de 78 jóvenes de ambos sexos, fue el 37.2% el que experimentó dicho clima con sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva y el 30.8% con sensación de amenaza reactiva y momentánea. En otras palabras,

fue el 68% de estos jóvenes que vivió su infancia en relación con el período dictatorial con una sensación de amenaza.

En un segundo artículo (Magendzo y Rubio, 2000), se describe en detalles las vivencias y emociones que experimentaron estos jóvenes en su infancia al sentirse amenazados, constatando que en su relato había mucho dramatismo, pena y dolor.

En este clima vivido siendo niños y niñas, interesó indagar en el rol que le cupo a la familia y la comunidad como soporte social.

Cassel (1976) y otros investigadores (Cobb, 1976; Hannum, 1990; Slavin y Rainer, 1990) han demostrado la significativa relación existente entre una adecuada percepción y ausencia de alteraciones sintomatológicas relacionadas con el estrés, la depresión y diversas enfermedades físicas.

Además un considerable número de estudios han entregado evidencias que en circunstancias adversas como ser la guerra, la represión política, las migraciones, las enfermedades, etc. y donde falta o es pobre el soporte social, los individuos tienen mayores dificultades para enfrentar la crisis, generándose en ellos problemas de adaptación y deterioro de la salud mental (Álamos, 1986; Lira, Weinsten, 1984; Macksound y otros, 1993; Pérez, 1986).

Toda persona, y con mayor razón los niños y niñas así como los adolescentes, recurren en momentos de crisis y amenaza a los responsables de brindar condiciones para su desarrollo. Esto es lo que Tyler (1981) ha denominado una red de apoyo.

Al respecto, un estudio realizado con jóvenes desertores de la educación media y con aquellos que lograron terminarla exitosamente, o permanecer en ella sin dificultades (Magendzo, 1994), constató en el primer grupo la existencia de crisis familiares sostenidas en el tiempo, no logrando la familia los cambios necesarios para superar los conflictos que se generaban en su interior. Además, se observó que estas familias no poseían redes de apoyo o, cuando las tenían, se restringían a una relación exclusivamente material. Las familias se veían afectadas en sus relaciones afectivas por la necesidad de centrarse en la sobrevivencia. En la práctica no podían dar apoyo a sus hijos y, por tanto, los sujetos sociales que acompañan la red social entregaban menos soporte al sujeto que más lo requería: el desertor.

Por otro lado, la investigación mencionada mostró que el segundo grupo, los jóvenes que terminaron su educación media o permanecían sin problemas en ella, contaban con familias protectoras, con relaciones interpersonales positivas y enriquecedoras. En tiempo de crisis alguien asumía el rol de soporte social a pesar que no siempre la familia estaba completa o padecía de inestabilidad económica.

Por tanto, las familias frente a momentos de crisis se movilizan en forma diferente dependiendo de cómo estén constituidas y estructuradas y de los recursos que tengan para apoyar a los que más necesitan de su soporte.

Es importante considerar que las familias y la comunidad despliegan comportamientos muy específicos en los momentos de crisis y estos pueden tener efectos muy especiales en el tipo de aprendizaje que se generan en niños, niñas y jóvenes (Bandura y Walters, 1959). Es obvio pensar que conforme se comportan las familias y la comunidad frente a sus miembros más pequeños, éstos, vía aprendizaje imitativo y vicario, adquirirán actitudes y maneras de ser muy específicas. Esto en especial considerando que aquellas conductas de la familia y la comunidad están sucediendo en un período de crisis y, por tanto, los grados de emocionalidad presentes son altos por lo que el impacto en el aprendizaje tiene efectos más estables y duraderos (Guidano, 1993).

Magendzo (1994) concluye, entonces, que la crisis de ir fracasando durante la educación media en el transcurso de un año escolar o de varios años se ve reforzada por la actitud de poco o falta de soporte de parte de la familia.

Considerando lo anterior, sería posible encontrar cierta relación entre aquello que realiza la familia, como reacción frente a las protestas y la represión masiva en el período de dictadura, y ciertas características prosociales y psicológicas de los jóvenes que vivieron este período como niños y niñas.

METODOLOGÍA.

Los sujetos de la investigación fueron 78 jóvenes (42 mujeres y 38 hombres) de entre 19 y 24 años, que durante los años 83 al 87 tenían entre 5-10 y 9-14 años. Se intencionó el máximo de heterogeneidad en la muestra (considerando variables tales como, ocupación, estado civil, escolaridad, tipo de población según la intensidad y masividad de la represión sufrida) y se excluyó a todo aquel que tuviera algún miembro de su núcleo familiar afectado por encarcelamiento, tortura o desaparición.

De estos jóvenes fueron 74 (el 95%) que recordaron situaciones vinculadas al clima de violencia y represión. A su vez, fueron 53 (el 68%) que lo vivieron con sensación de amenaza, aunque con diversos grados de intensidad. Los resultados que se presentan más adelante corresponden a una relación conceptual de la vivencia infantil de estos 53 jóvenes.

El procedimiento de recolección de información se hizo mediante una entrevista en profundidad, semiestructurada, que fue aplicada individualmente a los jóvenes que conformaban la muestra, la cual indagaba acerca de las reacciones familiares y comunitarias que tuvieron hacia ellos como niños y

niñas en el tiempo de las protestas y represión, y las consecuencias de vivir en este clima en ellos como jóvenes.

Las entrevistas se procesaron cualitativamente mediante la aplicación de un método inductivo orientado a construir una relación conceptual y sintética de la información, que debía mantenerse lo más apegada que fuera posible a los datos. Para ello, la estrategia utilizada consistió en un proceso de lectura y relectura abierto y general, cuyo propósito fue lograr una familiarización con la información recogida, es decir, una aproximación exploratoria, sin categorías predeterminadas que pudieran llevar a establecer juicios y observar elementos predefinidos. Solamente partiendo de ese primer nivel de lectura abierto, fue posible generar categorías desde las cuales iniciar un tipo de codificación que condujera a un nuevo proceso de categorización, que permitió identificar ejes conceptuales y sus modos específicos de articulación.

Las categorías definidas para este estudio y a partir de las cuales se ordenó la información obtenida fueron:

1. Las reacciones familiares frente al clima.
2. La visión de la infancia, la familia y la población que los entrevistados perciben que tuvieron como niños y niñas.
3. Las consecuencias del haber vivido en un clima de violencia y represión a nivel personal y social.

Como variables contextuales que incidieron específicamente como condicionantes de la vivencia emocional del clima de violencia y represión, se establecieron los siguientes ejes conceptuales, que se incorporan a modo de establecer especificidades en el análisis:

- a) Grado de estructuración de las familias.
 - a.1. familias estructuradas: los entrevistados las perciben como un núcleo afectivo que se caracteriza por un buen nivel de interacción, en el cual la imagen tanto del padre como de la madre, en el caso en que ambos se encuentren presentes, tiende a ser positiva, por lo cual el niño o la niña se siente a gusto en su familia.
 - a.2. familias con bajo nivel de estructuración: los entrevistados las perciben como un núcleo afectivo que se caracteriza por tener problemas de interacción importantes, en el cual existe una valoración divergente de madre y padre, o la ausencia de uno de estos. El niño o la niña siente momentos de abandono.

- b) Participación política y/o social de los adultos.
- b.1. La familia o miembros de la familia tienen un alto nivel de compromiso político y/o social.
- b.2. La familia tiene un compromiso político y/o social muy bajo o nulo, es decir, puede que tenga participación en la dinámica poblacional y puede ser opositora al régimen, pero su compromiso es más difuso o, por el contrario, la familia tiende a no participar de la dinámica comunitaria, teniendo en algunos casos una visión negativa de la comunidad.

RESULTADOS.

Para tener una referencia de la distribución de los entrevistados según los dos ejes referidos, lo cual contribuirá a una mejor apreciación de los resultados expuestos, se construyó el siguiente cuadro:

Cuadro N° 1: Grado de estructuración familiar cruzado con la participación política y/o social de las familias de los entrevistados, expresado en frecuencias.

Contexto familiar de los entrevis. en la infancia	Estructuradas	Con baja estructuración
Compromiso político y/o social alto	7	8
Compromiso político y/o social bajo o nulo	21	17

A continuación se exponen los resultados según los comportamientos comunes que tuvieron la familia y la comunidad frente a los niños y niñas. Se utilizaron los ejes conceptuales antes nombrados sólo cuando se encontraron diferencias en el discurso de los entrevistados respecto a ellos.

1. REPRESENTACIONES DE LA INFANCIA, FAMILIA Y POBLACION.

1.A) La representacion de la infancia.

La representación de la infancia para los jóvenes que tuvieron familias estructuradas tendió a manifestar situaciones de relativa estabilidad en cuanto a los medios de vida y de autopercepción más bien positiva.

Estos jóvenes sentían que como niños y niñas fueron aceptados con mucho cariño, que tenían una gran cantidad de amigos y relativa autonomía para interactuar en el espacio vecinal cercano, aunque en algunos momentos la familia, los padres, les imponían un enmarcamiento más bien restrictivo.

Sin embargo, cuando estos niños y niñas tenían, además de familias estructuradas, familias con un compromiso político y/o social, la sensación de agrado y de integración a la comunidad se oponía a la sensación de confusión y temor vivida frente a la amenaza representada por la represión, atribuyendo al clima de represión el haber dejado marcas significativas en sus vidas. En tanto que para aquellos niños y niñas cuyas familias no tenían este compromiso, la infancia es representada como una etapa primordialmente alegre, donde los únicos elementos negativos se vinculan al entorno poblacional y al clima de violencia y represión.

Los jóvenes que como niños y niñas tuvieron familias con bajo nivel de estructuración, calificaron su infancia como un período ambivalente en el cual se combinaban situaciones contradictorias de alegría y tristeza, de restricciones y permisividad, en medio de una situación familiar marcada básicamente, en la mayor parte de los casos, por la carencia de tipo material y la sensación de abandono esporádico. El enmarcamiento que la familia imponía era contradictorio, lo cual contribuía a percibir la situación como inestable. Debido a esto, la atribución de marcas significativas en la infancia no sólo se atribuyó a la represión sino también, entre otras, a la pobreza, la separación de los padres y las tensiones al interior de la familia.

La autopercepción es ambivalente, junto a la comprensión de sí mismos como alegres, con desplante, autónomos, queridos y acompañados, convive la comprensión contraria, tristes, tímidos, dependientes, poco queridos y solitarios.

Frente al clima de violencia y represión se vivían momentos en que se mezclaban la confusión con la claridad parcial, la sensación de protección con la indefensión, en un ambiente marcado por una relativa inestabilidad.

Cabe indicar que para aquellos niños y niñas cuyas familias tenían bajo nivel de estructuración y, paralelamente, un compromiso político y/o social, la inserción en programas infantiles o comunitarios les permitió tener momentos de satisfacción y alegría que contribuían a equilibrar la visión que tenían de sí, de su familia y el entorno.

1.B) La representación de la familia.

En relación a la representación de la familia también pudimos constatar que el grado de estructuración que los entrevistados informaron es una variable importante.

Por una parte, aquellos que integraban familias estructuradas, tanto las que tenían un alto nivel de compromiso social y/o político como aquellas que carecían de él, tenían una visión positiva de la interacción que se daba en ella, destacando elementos de unidad y sociabilidad en un contexto de estabilidad y de ausencia de grandes problemas internos o de carencias materiales significativas. Los jóvenes recordaron que durante su infancia no se daban situaciones de maltrato ni de alcoholismo o droga entre sus miembros. Además, había un equilibrio en la valoración que se tenía de la madre y el padre. Ambos padres eran valorados positivamente y se los visualizaba como cariñosos, cercanos y esforzados. La interacción familiar con el vecindario tampoco presentaba dificultades.

La postura frente al régimen en estas familias se ubicaba en un rango que iba desde la indiferencia a un compromiso político antidictatorial, pasando por algunas familias que tenían una oposición moderada o pasiva. En general, la familia conversa sobre el clima de violencia y represión.

Por otra parte, las familias con bajo nivel de estructuración enfrentaron, en algunos casos, problemas para la satisfacción de las necesidades básicas, lo cual afectaba la calidad de la interacción entre sus miembros, aunque en momentos de peligros presentaba un alto grado de unidad.

Habiendo una estructura biparental uno de ellos, generalmente el padre, presentaba una imagen relativamente devaluada, distante y con problemas de comunicación con el resto de la familia.

En el caso de los niños y niñas con familias con baja estructuración y un compromiso político y/o social, la madre aparecía como cercana y con una valoración más bien positiva. Ella era visualizada como expresiva respecto de sus emociones, se encontraba medianamente inserta en la dinámica social y manifestaba ser una mujer esforzada y trabajadora. Mientras que la imagen paterna aparecía como más lejana e inexpressiva. Usualmente el padre se encontraba inserto en la comunidad y aunque se pudiera reconocer que era un ser esforzado, tendía a haber una mezcla de cuestionamiento y aceptación de su persona.

En lo que respecta a los niños y niñas con familias con baja estructuración y también un bajo o nulo compromiso político y/o social, la familia se caracterizaba por un tipo de interacción calificada como regular o simplemente mala, debido a la existencia de obstáculos que impedían una comunicación fluida. Se reportan momentos de unidad, quiebre y distanciamiento.

La gama de posiciones frente al régimen militar, así como la participación en las protestas, era variada entre este tipo de familias, así como también lo era su participación en organizaciones de autoayuda. En general se tendía a no conversar sobre la situación política del país ni sobre la dinámica organizacional de la comunidad.

La imagen materna aparecía como mucho más cercana y valorada que la paterna. La madre era expresiva, cariñosa, esforzada y sociable. El padre era distante, autoritario, inexpressivo. En algunos casos, era alcohólico y agresivo y, en otros, no formaba parte del hogar.

1.C) La representación de la población.

Respecto de la representación de la población en la infancia, los entrevistados coincidieron en que la población se caracterizaba por fuertes carencias en el plano material, habiendo muchas personas con necesidades básicas insatisfechas. Frente a esta situación se valoró la cohesión, solidaridad y el alto grado de organización que promovía el compañerismo y la autoayuda.

Si bien era probable que hubiesen algunos problemas de confianza entre los vecinos y algunos problemas vinculados con el alcohol y la droga, básicamente la valoración de la población en la infancia era más bien positiva, destacándose una gran preocupación por la recreación infantil y por la promoción de actividades culturales y deportivas, lo que hizo que hubiera una activa, permanente y atractiva dinámica poblacional.

En general los jóvenes que provenían de familias con compromiso político y/o social, perciben que en la comunidad no se daban situaciones de amenaza interna, sino que la amenaza era externa: la represión. Si bien el miedo afectaba el ambiente comunitario, para ellos la población se caracterizaba por su gran fuerza y su alto dinamismo. A su vez, percibían a la gran mayoría de los vecinos como opositores al régimen, por lo cual se daban permanentes conversaciones de orden político, algunas de las cuales rescataban la historia oral de la población.

Son los jóvenes que provenían de familias con bajo o nulo compromiso político y/o social, los que mayormente destacaron la existencia de peligros internos como la delincuencia, el alcoholismo y la droga, algunos de los cuales tenían una visión negativa de la población. De este tipo de jóvenes, son aquellos que contaban con una familia con bajo nivel de estructuración en la infancia, los que pusieron mayor énfasis en la falta de confianza y la inexistencia de historia orales sobre los acontecimientos que hubieran afectado al país.

Resulta interesante constatar que la mayor parte de los niños y niñas pudieron visualizar acciones de solidaridad por parte de sus vecinos, es decir, a pesar de lo difícil que eran las condiciones de vidas, los vecinos eran capaces de generar acciones colectivas de autoayuda.

2. REACCIONES FAMILIARES FRENTE AL CLIMA.

2.A) Momento durante la represión.

En gran medida la reacción de la familia frente a la presencia represiva estaba condicionada por el grado de involucramiento que se tenía en las acciones de protesta.

Por un lado, cuando la familia o algunos de sus miembros tenían un alto nivel de compromiso político y/o social, el nivel de involucramiento era bastante protagónico. En la mayoría de los casos, se participaba de manera directa e intensa en su preparación, teniendo en algunas situaciones una clara acción conspirativa. Durante la protesta misma, la familia era activamente partícipe. En consecuencia, este tipo de familia tendía a conversar sobre el tema de la protesta y represión, manifestando su preocupación por la protección de los niños y niñas. En la medida de que eran familias estructuradas esta preocupación era claramente percibida por los niños y niñas, los cuales eventualmente verbalizaban sus sentimientos al respecto.

Los adultos responsables de los niños y niñas les ofrecían a éstos información relativamente parcial de sus actividades, articulando una suerte de silencio selectivo que los jóvenes hoy visualizan como protector. Además, favorecían una incorporación en ellos de normas de seguridad de manera explícita y una identificación con quienes resistían al régimen, aunque evitaban exponerlos a situaciones de peligro.

Por otro lado, las familias que tenían un bajo o nulo nivel de compromiso político y/o social, permanecían en una suerte de estado de alerta frente a lo que ocurría en su población durante las jornadas de protesta. En la medida que tenían una visión más bien positiva de la población se involucraban en algunas acciones de protesta, sobre todo en la fase más festiva de ésta, o simplemente observaban lo que sucedía. Cuando la represión se hacía presente, especialmente en los momentos de mayor amenaza, una gran parte de estas familias se refugiaban en el hogar. Cuando la familia tenía una visión de la población negativa, existió un claro aislamiento de lo que estaba ocurriendo en la población, orientado a negar el suceso y expresando, en algunas oportunidades, signos de descalificación de la acción tanto de los pobladores como de la policía.

De todos modos, la reacción frente a la protesta y la represión era más bien espontánea. Al parecer no habrían normas de seguridad explícitas que hubieren sido transmitida a los niños y niñas. En algunas ocasiones había algunos consejos muy puntuales en torno a qué hacer frente a una situación específica que se estuviera dando.

En ambos tipos de familia, a medida que la situación se agravaba, comenzaba a darse en el hogar un ambiente de tensión y alerta. Los niños y niñas

eran capaces de percibir el nerviosismo ambiente y el temor de los adultos, aunque los adultos trataran de ocultar sus emociones y de mantenerse en silencio. Asimismo, cuando había algún miembro de la familia que asumía algún riesgo, los niños y niñas eran capaces de percibir esta situación, incluso cuando la familia no conversara al respecto.

La estrategia de protección de las familias fue relativamente coincidente. Los niños y niñas eran encerrados y se les daba consejos, cuya dirección era contribuir a tranquilizarlos y protegerlos, evitando que ellos asumieran riesgos. En general, existía en el hogar un espacio físico visualizado como más seguro al cual recurrir en caso de necesidad.

Durante las escaramuzas, siempre los niños y niñas contaban con la compañía de un adulto. A medida que se agravaba la acción represiva, la familia tendía a agruparse en la búsqueda de refugio, generalmente un lugar visualizado como más seguro, manteniendo los adultos cercanía física con los niños y niñas.

«Me asustaba y me metía en el baño, porque de hecho cuando tiraban las bombas lacrimógenas, al único lugar que me metían a mí y a mis hermanos, a mis primos, nos metían al baño, que de hecho no se podía respirar. Entonces yo creía que el baño era algo seguro. Pasaba cualquier cosa. Se sentía a la gente en la calle con las ollas, con todo, se me imaginaba o bueno obviamente llegaban los carabineros y tiraban las bombas y todo, pero yo pensaba que el baño era el lugar seguro. Me sentía segura, me ponía a rezar. Me ponía en el baño, me ponía a rezar mientras pasaba todo» (E 3).

«Apagaban todas las luces... se ponían en el pasillo. De pronto, cuando había mucho jaleo con piedra y balas y cuestiones, tiraban unos colchones en el pasillo y dormíamos todos allá» (E 71).

En las familias con bajo nivel de estructuración, la percepción de protección por parte de los niños y niñas no era suficientemente clara, pues no todos los adultos se preocupaban explícitamente por su bienestar, lo cual se hacía patente en el caso de que hubiese habido una visión devaluada del padre. Generalmente se visualizaba a la madre como más pendiente de su seguridad, la cual mantenía un estrecho contacto físico en caso de que notara que ellos sentían mucho temor, trataba de tranquilizarlos o de distraerlos, ocultando sus emociones. En general se evitaba la verbalización de sentimientos y se articulaban una serie de prohibiciones. Cabe indicar que había niños y niñas de algunas familias de este tipo que lograban escapar al encierro y lograr una observación y/o participación más activa del enfrentamiento con las fuerzas represivas.

2.B) Momento posterior al evento represivo.

Era usual que con posterioridad al evento represivo, la familia recordaba situaciones pasadas, conversaba sobre lo sucedido y, eventualmente, aconsejaba a los niños y niñas a modo de evitar su exposición a situaciones potencialmente peligrosas. Más aún en las familias estructuradas, la aceptación de los sentimientos que los niños y niñas manifestaban era bastante fluida y se buscaban actividades para su distracción.

En algunas familias con baja estructuración se tendía a no hablar sobre el tema ni a tomar medidas especiales para elaborar los sentimientos que eventualmente pudieran estar viviendo los niños y niñas. Cuando éstos vivían una situación de miedo crónico, las reacciones de los familiares presentaba algunas contradicciones. En algunos casos, junto con la descalificación y la burla, se aceptaban los sentimientos del niño o la niña y se le trataba de dar consejo, distracciones o apoyo religioso.

«Ellos se reían de mí. Decían que por qué andaba así, que no fuera güeón, que aquí, que allá, que pa' qué andaba así, tenía que ser alegre y yo les decía, me ponía a llorar y les contaba, y ahí como que se ponían serios. Bueno, mis hermanos, ya, los dos me ayudaban entre los dos, entre mis dos hermanos hombres me ayudaban, trataban de borrar me un poco eso de la mente» (E 61).

Cabe indicar que en la elaboración del miedo y la rabia jugaba un importante papel la incorporación de los niños y niñas a programas infantiles y/o deportivos disponibles en la comunidad, ya sea por iniciativa de la familia o como una decisión propia de los niños y niñas.

3. LAS CONSECUENCIAS DEL HABER VIVIDO EN UN CLIMA DE VIOLENCIA Y REPRESION A NIVEL PERSONAL Y SOCIAL.

La mayor parte de los entrevistados percibió influencias personales del clima de violencia y represión vivido en la infancia, dándose en algunos una relativa sensibilización emocional a medida que se ponían en contacto con sus recuerdos.

En general, vivir bajo dicho clima lo significaron como «el haberse saltado una etapa». Es decir, según su percepción las condiciones que vivieron en la infancia no fueron normales. Las intensas emociones que vivenciaron constituyeron una suerte de quiebre del modelo de infancia que culturalmente han heredado. A pesar de ello, lo valoraron como un aprendizaje de vida, que ha afectado con algunos elementos positivos su manera de ser, sentir y actuar, como la fortaleza personal y el espíritu solidario, aunque existen algunos jóvenes que visualizaron una suerte de coraza emocional y autocensura que ellos vincularon como efecto de referido clima.

En el caso de los niños y niñas que tenían familias comprometidas política y/o socialmente se indicó que los impulsó ahora como jóvenes a una profunda vocación de servicio e identidad con su población. Se consideraron a sí mismos como personas conscientes de su dignidad y solidarios. Si bien en algunos de ellos existe un distanciamiento y cuestionamiento de lo político, se mostraron en general preocupados por los acontecimientos actuales, adoptando una orientación crítica.

«Yo creo que me influyó mucho. Creo que el compromiso que... que adquiero en la organización social actualmente, que es algo que eh... no sé... como herencia del régimen militar, que me han hecho tener como una conciencia mucho más crítica de lo que pasó y va a pasar...» (E. **).

«Yo creía que los pacos lo hacían por querer... pero después fui entendiendo que... ellos tenían un mayor y que las órdenes venían de arriba y que ellos cumplían órdenes...» (E. **).

Los jóvenes cuyas familias tenían un bajo o nulo compromiso político y/o social, curiosamente coincidieron en un interés por la dinámica comunitaria y un claro deseo de que la situación vivida en la infancia no se repita. Por tanto, la explicación del interés por lo comunitario siendo jóvenes no se encuentra en el compromiso social y/o político de la familia.

Aquellos que contaron con familias estructuradas en la infancia tienden a resaltar mayormente elementos positivos como consecuencia del clima de violencia y represión (personalidad, amor a la vida, sentimiento de justicia, valoración por la comunidad, etc.). Mientras que los que no contaron con ese tipo de familia presentaron una autoimagen muy variada de sí mismos. Algunos expresaron una visión positiva en que destacan la fortaleza, el desplante, una relativa seguridad y temeridad. En otros, fue más devaluada, pues se visualizaron como débiles e inseguros. En ambos casos existieron personas que manifestaron tener sentimientos de impotencia y rabia al recordar los momentos vividos.

En torno a las influencias sociales, una parte importante de los jóvenes reconoció que habría una evolución política en el país, aunque aún existiría una autocensura en la expresión de opiniones y miedo en sus vecinos. Un grupo menor indicó la existencia de cierta fobia a los militares, aunque en general no hay mayores descripciones al respecto.

«Rabia un poco, no sé, y con los pacos todavía así con alergia. Sí, todavía. Sí, con todo lo que sea militar. Vi mucho maltrato. Lo que hacían también en mi población. Tengo un amigo, no lo vi, gracias a dios que no lo vi, porque si no hubiese quedado más... Tenía sus pies quemados. A ellos les hacen apagar fogatas que pillaban con los pies. suponte, cuando quedaban cenizas les hacían apagar las fogatas con los pies, con

las manos, con los codos quemados, cosas así. Entonces eso yo no lo vi, pero igual ellos te muestran; pero hacían de todo los pacos... eran terribles» (E. 50).

«Sí, mi personalidad es super agresiva ¿cacháis?. De repente por na' exploto. Igual de repente cuanto tú vais a una manifestación y le están pegando a un compañero... sentís .. ahí es donde me ciego, así me ciego y me voy encima aunque cache que van tres pacos encima mío, igual me ciego ¿cacháis? Donde digo no, esta güeá no puede ser ¿por qué le estáis pegando a él? ¿Por qué no me pegáis a mí? Entonces... en ese momento me pongo como super explosivo y yo cacho que debe ser por eso» (E 60).

«Le tengo cierto odio a todo lo que tenga que ver con los uniformes, con los bototos y todo. De hecho, me arranqué del Servicio por lo mismo, porque no estoy ni ahí con los milicos, ni con los pacos y si pudiera matar unos cuantos, creo que lo haría sin ningún asco, lo haría sin ningún asco de verdad. De hecho, creo que me alegra cuando matan a un paco.. « (E 59)

Aquellos cuyas familias en su infancia tuvieron un alto compromiso político y/o social, tendieron a pensar que existiría en el país un clima de negación del pasado, el cual fue cuestionado como algo negativo. Además, todavía vislumbraron cierto grado de autocensura social respecto de lo político. Debido a esto su evaluación de la situación política nacional tendió a ser ambivalente, reconociendo rasgos positivos y avances importantes, aún persistirían graves problemas de injusticia e inequidad.

Entre este tipo de jóvenes, algunos cuyas familias en la infancia tenían un bajo nivel de estructuración, resaltaron como elemento negativo el hecho de que aquellos que activaron la amenaza que representó el clima de violencia y represión pudieran en cualquier momento reactivarla, es decir, la amenaza permanecería con cierto grado de latencia, configurándose cierta ansiedad por el porvenir en la medida que la situación política se tensa.

«Me daba miedo. Todavía me da miedo, porque pienso que... de repente pienso ya me va a pasar algo, que me van a pescar los pacos, que me van a pegar, que me van a sacar la cresta, qué sé yo, puede pasarme cualquier cosa en el momento que menos yo lo espere» (E 61).

- Entrevistador: ¿Este tipo de recuerdos no los conversas con nadie?
 Entrevistada: No, eso es muy personal. Uno nunca está seguro si va a volver a pasar o no.
 Entrevistador: ¿Tú crees que podría volver a pasar?
 Entrevistada: Como estamos, sí.
 Entrevistador: ¿Sí?
 Entrevistada: Como estamos sí. Yo creo que sí, porque se está viendo

se están perdiendo armas. Cada vez hay más gente que sabe utilizar las armas, ya sea pa' robar, pero ya sabe. Entonces sería más penoso ahora de lo que pasó el 73.

Entrevistador: ¿Más penoso dices tú?

Entrevistada: Sí, porque hay más gente, hay más gente que va ir a la lucha (58).

Los jóvenes ocasionalmente tienen recuerdos de lo vivido, gatillados por determinadas situaciones, aunque en general no lo conversan con otras personas, pues ubican el recuerdo como algo propio de su intimidad o porque no existirían ocasiones para socializarlo.

Como el recuerdo se asoció con algo íntimo, cuando se conversa con otros debe haber condiciones que permitan el diálogo, especialmente un clima de amistad y confianza mutua.

En algunos jóvenes el recordar los sensibiliza bastante, por lo cual cuando relataron sus recuerdos, provocaron cierto control o desconexión emocional con los acontecimientos narrados.

Existieron unos pocos que plantearon explícitamente que el olvido no es posible ni deseado. Para ellos el recordar tendría repercusiones sociales y se liga con un sentido de vida, en el cual la memoria es un tema recurrente.

«Yo no quiero olvidar, porque creo que es una etapa que tengo que asumir, por la cosa del miedo, en términos personales; pero además por una cosa social, por una cosa de comunidad, de compartir algo que pasó y sea cual sea tu opinión frente al tema tenías que pararte frente a eso no más. O sea, yo no acepto y me cuesta ene reconocer que no le afectó, ponte tú que alguien no tenga una pará frente a eso, de cualquier tipo. Pero tampoco acepto que nieguen lo que pasó, porque a mí me parece que hoy día se niega, que hoy día nadie lo asume como un costo del país, sino que se asume como la gente que le pasó no más y además le cargan el tema de que eh.... culpabilizando a la gente. Oye a ti te pasó porque hiciste tal cosa. Entonces yo creo que no pos, que es un proceso social que nos hemos saltado todos (E 29).

En relación a la visión actual de la población, existió coincidencia en indicar que si bien se han ido registrando cambios en la satisfacción de necesidades básicas, aún no se superan problemas vinculados a la pobreza y la calidad de vida. Sin embargo, lo que más tiende a destacarse son los cambios en la dinámica y espíritu comunitario, particularmente un cuestionamiento al individualismo y la falta de participación. En general el grado de organización sería bajo, los vecinos se unen esporádicamente, aunque han persistido expresiones culturales y deportivas que activan a la población.

La juventud actual se percibe con bajos niveles de organización y actividad, y con grados de indiferencia frente a la situación política nacional. Asimismo, se resalta un deterioro en la calidad de vida de la población, pues han aumentado algunos peligros internos como la droga, el alcoholismo y la delincuencia, frente a los cuales la comunidad aparece hoy como más pasiva.

CONCLUSIONES

En los artículos anteriores escritos por los autores de este estudio, se dio cuenta que los entrevistados caracterizaron la represión vivida en la infancia como una amenaza que no provenía ni era instrumentada por los habitantes de la población. La amenaza básicamente era externa. Son otros, identificados con las instituciones de la seguridad y la defensa, quienes invadían agresivamente en determinados momentos e infligían daño a ellos y sus vecinos.

Si bien la intensidad del peligro constituido por los actos represivos, al cual los entrevistados se vieron expuestos como niños y niñas, variaba de una población a otra, y de una familia a otra, este peligro tendió a regularizarse; de tal modo que la represión y la reacción frente a ella, pasó a ser un rasgo dentro de la configuración sociocultural de los sectores populares, que en el caso concreto de los niños y niñas significó vivir en un medio social cuyas relaciones están marcadas por la vulnerabilidad y el temor.

Dicha vulnerabilidad fue acrecentada por la estrategia de que los eventos más intensos de represión se realizaran sorpresivamente y de noche, es decir, en el momento en que la población se hallaba más indefensa y no tenía posibilidad de reaccionar.

La represión que seguía a la protesta implicaba que, en la población, la alegría del espectáculo se transformara en la defensa agresiva del enfrentamiento. En otras palabras, en un período relativamente corto de tiempo se transitaba rápidamente de la alegría a la rabia, por lo cual, para los niños y niñas, la protesta era deseada por lo ritual que había en ella y, al mismo tiempo, temida debido a la posibilidad de los actos de represión que la seguían.

En síntesis, en los artículos referidos, se mostró que la mayor parte de los niños y niñas se instalaba una angustia difusa que los hacía estar permanentemente alerta frente alguna señal de peligro, la cual era aliviada, tanto durante como después del hecho represivo, por la cercanía física con otros.

En términos generales observamos que las reacciones de los familiares, independientemente de la categorización que le asignamos, (estructuradas o con bajo nivel de estructuración, con un alto, bajo, o nulo compromiso político y/o social) fueron bastante similares.

El contacto, la caricia, se constituía en un factor tremendamente importante al momento de aliviar la sensación de soledad e indefensión que provocaba el miedo. Mientras más cercano a un adulto significativo estaba el niño o la niña, mientras más sentía su calor vital, más posibilidad tenía de conjurar el miedo y transitar hacia emociones menos estresantes. Por esto, es que algunas situaciones que son negativas, como el hacinamiento, son vistas por los niños y niñas como algo positivo en los momentos de represión. El estar hacinados significa estar en contacto físico, sentir el calor de la protección como un hecho actual y concreto. Por el contrario, la vulnerabilidad del hogar, ya sea por los materiales de que está construida la casa o porque haya habido invasión de las fuerzas represivas, adquiere un valor negativo en la medida que ha perdido la capacidad de ser refugio efectivo.

Cabe indicar que frente al clima de violencia y represión, la mayor parte de los niños y niñas no contaron con explicaciones. Si se considera que estaban en el proceso de construir su mundo, se puede argumentar que no tenían referentes que les sirvieran para organizar situaciones tan complejas. Congruentemente con esto, la significación que le iban asignando a los hechos, estaba condicionada por las significaciones que implícita o explícitamente circulaban en la familia. El niño y la niña incorporaban la visión que la familia tenía en torno a la realidad. Aunque la familia no explicara daba indicaciones de su modo de ver la situación, lo que constituía una suerte de trasfondo en torno al cual se daban sus conversaciones y relaciones internas.

La protección de los niños y niñas frente a una situación estresante es un rasgo cultural en nuestra sociedad. De hecho, constatamos que los eventos represivos se constituyeron en una oportunidad, incluso en las familias con baja estructuración, para expresar la unidad, en la cual la madre asumía el rol protector más destacado. Es decir, los datos confirman lo encontrado en muchos estudios en el sentido que, en diferentes contextos y situaciones sociales, la mujer y el hombre actúan paradigmáticamente como la cultura lo indica.

Sin embargo, este sentido de protección no significaba que la familia no se tensionara. Por el contrario, los niños y niñas eran capaces de captar, en la mayor parte de los casos, tanto la protección como la tensión familiar, lo cual podría estar relacionado con la agudización perceptiva que éstos adquirirían y que antes se expuso.

El modo más usual de tranquilizarlos era la distracción y el consejo. En una buena cantidad de casos se evitaba la verbalización de sentimientos mientras se estaba viviendo el evento represivo y, posteriormente, dicho evento quedaba en el anecdotario. De todas maneras, cabe señalar que la verbalización está relacionada con el grado de estructuración familiar, entendida como la definimos en la metodología. Pareciera ser que a mayor

estructuración existió una mayor expresión de sentimiento. En este sentido, el grado de alteraciones comunicativas en la familia fue un impedimento para que los niños y niñas pudieran salir de la situación de desamparo y fuerte conexión con el hecho vivido. De esto se deduce que la calidad de la interacción familiar fue un elementos clave para que el niño o la niña sintiera la protección y pudiese elaborar sus emociones, lo cual incide posteriormente en la valoración que él o ella le asignaría a su infancia.

A pesar de la similitudes encontradas en las reacciones familiares pudimos constatar algunos aspectos diferenciales a cada tipo de familia. Es así que las familias con compromiso social y político reaccionaban con un alto índice de involucramiento y que las familias con estas características pero con baja estructuración arriesgaban a sus hijos en actividades conspirativas.

Esta conducta es difícil de comprender. ¿Los consideraban más adultos? ¿Estos niños y niñas habían madurado más rápidamente debido a momentos de abandono sufrido? ¿Estas familias estaban más afectadas por la situación económica y social? ¿Se debía su baja estructuración a dichos efectos?

Estas preguntas no fueron posible responderlas con los datos recogidos, pero sería importante contestarlas en posteriores investigaciones.

En las familias con bajo nivel de estructuración fue donde la protección de niños y niñas se vio menos clara, a pesar de que destaca el rol de la madre por estar más pendiente de los niños y niñas, incluso en aquellas familias en que existía la presencia paterna. En estas familia también es donde más se evidencia la falta de conversaciones para elaborar los sentimiento que vivían los niños. Estos resultados no nos sorprenden porque justamente son signos de la desestructuración familiar.

Hubo más aceptación de los sentimientos de los niños y niñas en las familias más estructuradas. Por otro lado, donde más se conversaba del clima de represión y violencia era donde existía una combinación entre familia estructurada y alto nivel de compromiso político y/o social.

Respecto del entorno vecinal, los datos muestran que los eventos represivos movilizaron recursos compensatorios de la comunidad que fueron importantes para equilibrar los efectos emocionales que estos eventos provocaban. A pesar de las condiciones de vida, los vecinos eran capaces de generar acciones colectivas de autoayuda. La represión no destruyó la comunidad. Si bien introdujo elementos de desconfianza y tensión, los lazos comunitarios permanecieron.

En general, habría existido la sensación que había que compensar el sufrimiento a través de la distracción. Es así como los entrevistados recuerda la

existencia de una diversidad de actividades comunitarias (recreativas, de subsistencia, culturales y deportivas), las cuales habrían jugado un papel clave como una forma de alivio al sufrimiento vivido. Las actividades dirigidas hacia los niños y niñas habrían tenido la función de equilibrar su visión en torno a sí mismos, sus familias y su entorno vecinal.

Al ser el nuestro un estudio retrospectivo, los entrevistados pudieron comparar el prototipo de infancia aprendido culturalmente y la infancia que les tocó vivir. Ellos visualizan en el presente que la represión implicó que «se saltaran» una etapa de la vida. Es decir, reconocen que no pudieron vivir de acuerdo con el modelo de infancia que socioculturalmente han ido incorporando. La represión representó un quiebre, no era algo normal. A pesar de eso, valoraron lo ocurrido en su niñez como un aprendizaje de vida que les hizo adoptar una serie de valores positivos.

En este sentido, la represión fue un evento que produjo marcas de identidad a la mayor parte de los entrevistados y que, en la actualidad, son capaces de visualizarla como una situación históricamente situada en el pasado.

Se podría pensar, de acuerdo con lo dicho anteriormente, que se da un efecto de positivación del evento disruptivo. Hipotetizamos que esto es así, dado que el vivir situaciones extremas implica tener más tiempo para la introspección, lo que posibilitaría la recreación y utilización de todos aquellos recursos psicosociales para restablecer el equilibrio personal. El sí mismo devendría en un permanente objeto de reflexión. Al estar obstaculizada la exploración del entorno, se generarían condiciones para la exploración del uno mismo.

De hecho, como parte del estudio en que se inserta este artículo, del total de la muestra el 78.7% se percibió como expansivo y no constrictivo a través de una escala de 12 pares de calificativos polares (ejemplos: seguro/inseguro, ansioso, tranquilo). Cabe destacar que los resultados obtenidos en relación al continuo constricción/expansión y a la autopercepción de la vivencia del miedo, en ningún momento fueron interpretados como efecto del mecanismo psicológico de la negación, es decir, estimar que los entrevistados, producto de una característica cultural muy propia de nuestro país, tienden mayormente a no expresar sus conflictos y debilidades, sino más bien intentan esconderlos, mostrando algo que es una apariencia de normalidad. Desechamos tal interpretación en especial porque los contenidos de las entrevistas, su involucramiento en lo que decían, su tono afectivo para hablar, su auténtico contacto con su experiencia infantil nos permitieron darnos cuenta que fehacientemente nos encontrábamos con jóvenes de sectores populares que, aun sufriendo como niños y niñas, fueron capaces como jóvenes de disminuir su drama.

Indudablemente, la posibilidad de rescatar algún efecto positivo permitió elaborar la situación vivida en la perspectiva de que no implicara, como

consecuencia, que los entrevistados como jóvenes vivieran su existencia de modo constrictivo, a pesar de que algunos de ellos manifiesta cierto temor a que dicha situación pudiera repetirse. También es posible pensar que existe una relación entre el fenómeno de positivación y el tipo de familia en la cual les tocó vivir. Esto en consideración a la manera, como vimos en los datos, en que ciertas familias se involucraban en las protestas y el efecto de modelación que esto tenía en los niños y niñas.

La positivación en torno al pasado al que nos hemos referido, se ubica fundamentalmente en el plano personal. Respecto de lo social, se tiende a reconocer que habría quedado instalada la emoción del miedo, lo cual sería un factor de constrictión que afecta la organización popular y el proceso de democratización nacional. En este sentido, se habrían dejado de lado la vivencia de ciertos valores colectivos de solidaridad y justicia que caracterizaron el entorno vecinal. Los vecinos serían más individualistas y con menos iniciativas para resolver los problemas que le aquejan.

Es importante constatar que varios entrevistados, no la mayoría, manifiesta fobia a los militares y carabineros, lo cual indica que para ellos la emoción de rabia permanece sin mayor elaboración. Éstos fueron los jóvenes que en su niñez presenciaron o vivieron con mayor intensidad la represión, en la cual las fuerza policiales y militares se expresaron como agentes de la brutalidad y la humillación. Algunos de ellos relatan que en el momento de reaccionar frente a la presencia policial pierden en cierta medida la racionalidad, la rabia contenida les haría perder la lucidez.

Para otros, las instituciones que realizaron la represión no han cambiado sustantivamente, por lo cual siguen constituyendo un potencial de daño. En este sentido, para algunos, la falta de participación o de opinión política podría deberse a la necesidad de guardar silencio como medida de seguridad, pues la amenaza se podría reactivar. Estos entrevistados reaccionan con desconfianza frente a lo que sucede a nivel político institucional.

Cabe destacar que en los entrevistados el recuerdo de lo vivido está presente, aunque la mayor parte de ellos no lo conversa. Los hechos vividos son significado como íntimos, por lo cual se los saca del espacio público. ¿Qué implica este silenciamiento del recuerdo? ¿Es sólo porque se lo considera íntimo, o es que hay cierto temor o desconfianza de socializarlo? ¿Podría considerarse este silenciamiento como un efecto a nivel individual de la llamada política de los consensos, que evita todo aquello que puede ser visto como un elemento alterador de la «tranquilidad» social? Indudablemente, las estrategias políticas que caracterizan la transición chilena pueden ser un factor del silenciamiento público de los sufrimientos que implicó el régimen militar a nivel masivo. Sin embargo, cabe indicar también que, para algunas personas, el recordar todavía los momentos vividos actualiza algunas emociones que las torna vulnerables, por ello consideran

mejor y menos lesivo para su autoimagen situar dichos recuerdos en el espacio íntimo.

Ahora bien ¿cuáles podrían ser los eventuales efectos de dicha situación? Según Pennebaker (1993) si los individuos no pueden o no quieren referirse a los hechos negativos, éstos pueden ser una fuente de desestabilización, puesto que los sujetos, al no exteriorizarlos, tienen sueños recurrentes, piensan mucho en ellos, aumentan los niveles de violencia y/o los problemas de salud de índole psicossomática. En esta perspectiva, la positivación del recuerdo podría jugar el papel de equilibrar dichos efectos en el sentido de aliviar la desestabilización que implican, contribuyendo así a su superación.

Sin negar que efectivamente algunos de los entrevistados pudieran expresar los efectos mencionados, pareciera ser que para una mayor parte el significar los eventos represivos como pasados y situarlos en un período cronológico determinado, ha jugado un importante rol en su reorganización mental. En efecto, a pesar que muchos de ellos incorporaron modos constrictivos, teniendo pesadillas, fantasías reparadoras y catastróficas, evocación espontánea de imágenes, y sentimiento de miedo permanente, así como algunos trastornos conductuales; en la actualidad no expresan la vivencia de tales efectos, salvo la fobia a los uniformados que señalaron algunos entrevistados

En congruencia con lo anterior, se ha constatado que los cambios que se producen en el contexto histórico contribuyen a una progresiva readecuación de la organización mental de los individuos (Bronfenbrenner, 1979). Por ello, si efectivamente se quiere seguir favoreciendo la construcción de una sociedad sana es imprescindible seguir en la línea de transformación de los patrones que imperaron en dictadura. La posibilidad de la expresión pública del recuerdo deviene así en un factor terapéutico a nivel social.

El hecho que los jóvenes del presente estudio no fueran dañados mayormente por la dictadura puede ser una de las razones por las cuales se ha desatendido el sufrimiento ocasionado por ésta a la población general, especialmente a los sectores populares y, muy específicamente a los niños y niñas. En la escena pública el drama de las víctimas de la represión se ha reducido a los familiares de ejecutados y desaparecidos.

Como se ha visto, una parte importante de los niños y niñas de sectores populares que vivieron el clima de violencia y represión, también fueron víctimas pero no existe reconocimiento social al respecto. La represión intensa y masiva que afectó a las comunidades en las cuales vivían significó mucho dolor para ellos, lo que la sociedad debiera asumir a corto plazo.

BIBLIOGRAFÍA.

ÁLAMOS, L. V. (1985): "Estudio exploratorio respecto a las repercusiones psicológicas en niños víctimas de la represión política, en Infancia y represión: Historias para no olvidar": Programa para la Infancia Dañana por los Estados de Emergencia (PIDEE). Santiago de Chile.

BANDURA, A. y WALTERS, R. H. (1959): "Adolescent aggression". Ronald. New York. EEUU.

BRONFENBRENNER, V. (1979): "The Ecology of Human Development". Cambridge: Harvard University Press. EEUU.

CASSEL, J. (1976): "The contribution of the social environment to host resistance". American Journal of Epidemiology, Vol. 104, N° 2. EEUU.

COBB, S. (1976): "Social support. As a moderator of life stress". Psychosomatic Medicin. Vol. 38, N° 5. EEUU

HANNUM, J. (1990): "Social support and cancer. Adults patients desire for social support from family, friends, and health professionals". American Journal of Community Psychology, Vol. 18, N° 3. EEUU.

GUIDANO, V. F. (1993): "La complejidad de uno mismo". Instituto de Terapia Cognitiva. Santiago de Chile

LIRA, E.; WEINSTEIN, E. (1984): "Psicoterapia y represión política". Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (FASIC). Santiago de Chile.

MACKSOUND, M. S.; DYREGRAW, A. y RAUNDALEN, M. (1993): "Traumatic war experiences and their effects on children". EEUU

MAGENDZO, S. (1994): "La familia apoyo fundamental". Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE). Santiago de Chile.

MAGENDZO, S.; RUBIO, M. y AUBEL, B. (1999): "Vivencia Infantil del Clima de Violencia y Represión, y su Relación con la Constricción y el Miedo cuando Jóvenes". Revista Psykhe, Pontificia Universidad Católica, Santiago de Chile, Vol. 8, N° 2, pp. 73-83.

MAGENDZO, S. y RUBIO, M. (2000): "Vivencia Infantil del Clima de Represión y Violencia bajo Dictadura. Aspectos cualitativos". Aceptada su publicación en la Revista Praxis, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.

PENNENBAKER, J. (1993): "Creación y Mantenimiento de las Memorias Colectivas". Revista de Psicología Política, N° 6. Santiago de Chile.

PÉREZ, F. J. (1986): "Dinámica familiar y represión política". En Infancia y Represión: Historias para no olvidar. PIDEE Santiago de Chile

SIMPSON, M. A. (1993): "Effects on children of the stresses of unvest and oppression". En Wilson, S. P. y Beverly, R. (editores): Traumatic Stress Syndromes (pp. 601-603). New York: Plenum Press.

SLAVIN, L. y RAINER, K. (1990): "Gender differences in emotional support and depressive symptoms among adolescents. A prospective analysis". American Journal of Community Psychology, Vol. 18, N° 3. EEUU

TYLER, F. (1981): "El comportamiento psicosocial individual y las Redes de Intercambio de Recursos, como ejemplo de psicología comunitaria". Revista Latinoamericana de Psicología. Vol. 16, N° 1.